

ENSAYO BIBLIOGRAFICO

LA NACIÓN EN HISPANOAMÉRICA

Liliana M. Brezzo ¹

*“Un poco de internacionalismo aleja de la patria,
pero mucho hace volver a ella”.*

Jean Jaurés

En la comprensión del cambio historiográfico intervienen tres factores básicos: el contexto histórico, la práctica historiográfica y la influencia de diversas formas del pensamiento filosófico sobre los historiadores -y en particular sobre los creadores de escuelas historiográficas- de nuevas formas de entender el oficio, su objeto, su método, sus técnicas. Este no es un ensayo historiográfico acerca de cómo ese tríptico ha influido en la evolución de nuestra disciplina al concluir el siglo XX. Mi propósito en estas páginas es mucho más modesto. Me limitaré a insistir -puesto que en cierta manera ha sido ya apuntado- sobre la relación entre el contexto histórico abierto hacia finales de la centuria con la multiplicación de los estudios sobre la Nación y en particular sobre los procesos de construcción nacional en el área hispanoamericana² y exponer el estado de ciertas cuestiones sobre este tema utilizando como base el reciente caudal bibliográfico que ofrece algunos avances de la investigación.

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Historia -Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario- Univ. Católica Argentina.

² Recientemente se ha reflatado el conflicto taxonómico entre Latinoamérica, Iberoamérica e Hispanoamérica, demostrando -con diversos argumentos históricos y culturales- la opción por uno u otro término. En las páginas que siguen se utiliza indistintamente América Latina e Hispanoamérica, entre otras razones porque así lo hacen la mayoría de los trabajos consultados para el presente trabajo. Vale aclarar, no obstante que, como se señala en el título, el contenido de la exposición se refiere al conjunto de países de origen hispano. Sobre las raíces de este debate véase Carlos Malamud, Latinoamérica, Iberoamérica, Hispanoamérica. En: Ojos de Papel, revista electrónica (julio 2001).

Investigadores procedentes de horizontes muy diversos, tanto en Europa como en América coinciden en afirmar el progreso que la problemática de la Nación ha mostrado a partir de la última década del siglo XX. Acontecimientos como la caída del muro de Berlín, el derrumbamiento del imperio soviético, la desintegración de Yugoslavia, es decir, el resurgir explosivo de un nuevo problema de las nacionalidades han planteado el tema con una urgencia e intensidad nueva. A tal punto la realidad de lo sucedido desde 1989 ha contribuido a lo que ha dado en llamarse el *retorno de la Nación* que en lugar de un mundo postnacional - como algunos preveían - da la impresión, al comenzar el siglo XXI, que estamos en presencia de un mundo postmultinacional. Otros rasgos que configuraron la fisonomía del fin de la centuria se agregarían como explicación de este *revival*: el distanciamiento de la idea de Nación y Nacionalismo con el fascismo o los nacionalismos anti democráticos, la superación en la identificación del nacionalismo con un único momento histórico y la emergencia de una sociedad industrial avanzada que permite al mismo tiempo la autonomía particularista y la integración supranacional. Diacrónicamente, el fenómeno nacionalista resurgido en 1989 sería la cuarta oleada en la difusión del fenómeno de la Nación precedida por la del siglo XVI, que presencié el nacimiento del estado, precondition del estado-Nación, la del siglo XIX, cuando sólo a comienzos de este fue posible hallar el verdadero Estado-Nación y de efectivo nacionalismo y la Primera Guerra Mundial, que trajo el triunfo pírrico de los Estados-Nación en el este de Europa. Pero este nuevo impulso del fenómeno nacionalista no resulta fácil de interpretar a primera vista. Si bien se ha advertido el carácter polisémico de la Nación también se converge en señalar que el actual retorno es *fragmentado* porque instancias que parecen superiores carecen de su capacidad de movilización y de legitimidad -para el historiador Javier Tusell, por ejemplo, ambas le faltan a Europa en el presente porque una Unión Aduanera no es una patria³- y es también un retorno *plural*, porque no se identifica exclusivamente con la violencia balcánica. De hecho es posible advertir toda una asombrosa gama de movimientos, acontecimientos, actividades, declaraciones que se albergan bajo el nombre de nacionalismo o dicen actuar en nombre de la Na-

Tusell, Javier. España, una angustia nacional.- Madrid: Espasa Calpe, 1999.

ción dentro y fuera del área que nos ocupa⁴. Pero en todo caso, estos dos caracteres -lo fragmentado y lo plural- hacen que este retorno aparezca en el hiperespacio postmoderno como una curiosa convergencia entre globalización y fragmentación particularista.

Pues bien, si este contexto histórico ha incidido en el creciente número de obras que vienen publicándose sobre la Nación -un índice patente de esto son también las tesis en preparación y los enfoques con que están siendo realizados esos trabajos- esta producción ha sido abonada, a nuestro juicio, desde la misma práctica historiográfica por la renovación que disciplinas como la historia política exhiben desde hace algo más de dos décadas; los impulsos renovadores muestran la aproximación al campo político mediante varias vías como son la formación del Estado, la atención a la política como forma de sociabilidad y cultura, la aproximación antropológica de las instituciones políticas y las reflexiones sobre el papel de la ideología en la constitución del campo político. Esta circunstancia contribuyó, en el caso de Hispanoamérica, al renacimiento del interés por espacios cronológicos como el "olvidado siglo XIX"⁵, puesta en valor especialmente importante -como esperamos mostrar- porque el nacimiento de la Nación en esta área se da en loyalidad con las independencias de las Américas Ibéricas a comienzos de aquel siglo, como una primera desintegración de uno de esos conjuntos políticos multicomunitarios tan frecuentes y normales en los Estados europeos del Antiguo

⁴ Repasemos, a modo de ejemplo, el nacionalismo periférico italiano acentuado desde 1991 con la Liga del Norte, el desarrollo violento que aún exhibe la cuestión nacional en Irlanda del Norte, la preponderancia flamenca que en Bélgica se le otorgara a partir de la Constitución de 1993, el resurgimiento del sentimiento "escocés", las reivindicaciones presenciadas en Canadá impulsadas por Quebec, la independencia de los Estados Bálticos, en 1990, el nacimiento del nuevo estado de Eritrea, en 1993.

⁵ La restauración de la historia política no significa una recreación de lo que existía antes de la Nouvelle Histoire, sino una etapa posterior en la manera de hacer historia, en la que lo político como lo concerniente a la organización y al gobierno de una sociedad determinada, a sus sistemas de autoridad, a sus valores e imaginarios subyacentes, a sus comportamientos específicos, irrumpe a partir de los años setenta. Véase Kelly Boyd, Encyclopedia of historians and Historical writing. London, 1999. D.R. Woolf (ed) A global encyclopedia of Historical Writing. New York-London, 1998 y François Xavier Guerra, El Renacer de la Historia Política, razones y propuestas. En: *New History, Nouvelle Histoire, Hacia una Nueva Historia*.- Madrid: ACTAS, 1993.

Régimen⁶ y porque el gran proyecto decimonónico en América Latina fue, precisamente, la construcción de la Nación. En este mismo sentido hay que recordar que si a partir de los años 50 los campos historiográficos más atractivos para los investigadores fueron la historia económica y la historia demográfica y en los setenta lo fue la historia social, la historia política, con su énfasis en el período de la independencia había sido -hasta su declinación a mediados del siglo XX- la época central en el interés de los historiadores latinoamericanos que iban a buscar en ella la gesta originaria, las virtudes de los héroes fundadores y los modelos que había que seguir para asegurar la grandeza de la Nación.⁷

No obstante la urgencia con que la crisis de 1989 obligó a plantearla, hasta su actual *retorno*, la Nación había avanzado en el área hispanoamericana desde algún tiempo atrás. En España, la transición a la democracia que se produjo a la muerte de Franco, en 1975, y la posterior liquidación de la dictadura conllevaron la urgencia de inventar una identidad española nueva; así-

⁶ El Antiguo Régimen no es ya concebido, a partir del conocido libro de **Pierre Goubert**, como un marco cronológico desván, pasando a convertirse en un concepto político. Modo bastante específicamente francés de abordar la realidad francesa trisecular que separa las guerras de Italia de la Revolución de 1789, la expresión nació durante la pre-Revolución y se impuso rápidamente. El AR fusiona una doble aproximación: social -designa una sociedad consuetudinaria, corporativa y jerarquizada y católica, y política -es una monarquía de derecho divino que tiende hacia el absolutismo y hacia formas burocráticas de administración-. Las concepciones alternativas del AR responden a su manera a esta dialéctica de lo político y de lo social: ya rechazándola, por ejemplo, separando las nociones de monarquía absoluta y de sociedad de órdenes, ya exacerbándola, el marxismo coloca en primera línea los conceptos de feudalismo, de formación económica y social y de transición del feudalismo al capitalismo; insiste sobre la continuidad del período medieval y del AR, pero no por ello lo recusa, sino que lo integra en una teoría general del movimiento histórico. Está, pues, situado con precisión: surgido del liberalismo revolucionario y de la filosofía de las Luces, cuya herencia asume, se inscribe en una tradición jacobina. La contemporaneidad inevitable de la historiografía le coloca actualmente a la izquierda, en el seno de una izquierda no marxista. En este último cuarto del siglo XX, las sensibilidades conservadora y autoritaria o las corrientes revolucionarias, sin rechazar forzosamente el empleo de la expresión Antiguo Régimen, no hacen de él un uso conceptual y se vuelven hacia otros sistemas de explicación para dar cuenta de los fenómenos históricos de los que la Francia moderna fue sede. Para otras consideraciones acerca del estado actual de este concepto en la historiografía. Véase André Burguière, *Diccionario de Ciencias Históricas*: Madrid: Akal, 1991 y Harry Ritter, *Dictionary of concepts in History*: New York-London: Greenwood Press, 1986.

⁷ **François Xavier Guerra**, *El olvidado siglo XIX*. En: *IV Conversaciones Internacionales de Historia. Balance de la Historiografía en Iberoamérica 1945-1988*. Pamplona: UNAV, 1988.

mismo el resurgir de los nacionalismos periféricos y las controversias sobre las humanidades completaron, en los años siguientes, el contexto adecuado para la multiplicación de los debates sobre cuestiones como la formación de España como Nación y la construcción del Estado español. Interrogantes sobre cómo y cuando se construyó España, porqué, quienes fijaron o inventaron determinadas visiones - estereotipos, mitos, percepciones, representaciones- del país, cual fue la naturaleza política e institucional y la estructura económica, social y territorial del estado español y su evolución a lo largo del tiempo han impulsado una producción historiográfica que transita desde lo abocetado hasta lo heteróclito.⁸

⁸ En esos debates, en los que el uso dudoso o incierto de las palabras o, lo que es lo mismo, las ideas indefinidas que representan, podían averiar cualquier discusión hasta convertirla en irracional, las obras de cuatro autores han contribuido de forma nítida con sus opiniones: Javier Tusell, *España, una angustia nacional...* cit., Juan Pablo Fusi, *España, la evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de Hoy, 2000, Carlos Seco Serrano, *Nations en quête de passe. La péninsule ibérique, XIX-XX siècles*. París: Sorbonne, 2000, "España ¿estado plurinacional o nación de naciones?", en Real Academia de la Historia, *Reflexiones sobre el Ser de España*. Madrid, 1997, Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid: Santillana, 2000 y también del mismo autor "Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español" en *Studia Histórica- Historia Contemporánea*. Salamanca, 1994, Vol XII. Los trabajos coinciden en que a partir de 1975, España fue perfilándose como una "nación de naciones" si bien cada uno de ellos enfatiza determinados aspectos: Carlos Seco Serrano por ejemplo, alerta sobre la peligrosa pretensión de equiparar el caso español al de los estados plurinacionales como el Imperio Austro-Húngaro, la Rusia de los Zares o de los bolcheviques y subraya que la peculiaridad de la bien definida nación española es esa: ser simultáneamente unidad y diversidad, en todo caso la Unidad, lograda sobre la Diversidad, no puede serlo contra la diversidad. Javier Tusell que ubica el momento fundacional de la conciencia de nación española con la guerra de la independencia, a comienzos del siglo XIX reflexiona acerca de cómo ser ciudadano en una "nación de naciones". Javier Varela con el objeto de responder al siguiente interrogante: ¿es España una nación? recorre su devenir histórico desde los reinos -en los que la idea de una comunidad nacional estaba débilmente desarrollada -la España del siglo XVIII que presentaba una variedad de idiomas, monedas, leyes, trajes, pesos y medidas, desde cuya plétora logró la unificación nacional a través del desarrollo de una política educativa y secularizadora y la uniformidad de territorio y de costumbres. Juan Pablo Fusi coincide en mostrar como España fue perfilándose, a partir de 1975 como una suma de regiones y nacionalidades, como una nación de naciones. Coincide en advertir, con el historiador polaco Krzysztof Pomian al recordar que la historia europea ha transcurrido a lo largo de 15 siglos (IV-XX) en tensión entre la unificación religiosa cultural y ya en el siglo XX, económica y política, y la fragmentación y que en esos quince siglos de historia, siempre triunfaron las naciones.

América Latina no ha quedado al margen —apuntábamos— de esta reflexión. Los problemas socioeconómicos y los recientes conceptos de espacio y integración suprarregional han contribuido en su caso a intensificarla y activamente desde hace unos años han aumentado los estudios sobre la Na-

Comencemos por repasar el telón de fondo conceptual de las recientes relaciones teóricas o de los estudios monográficos sobre la configuración de estados nacionales en América Latina. Hay que hacer notar, en primer término, la vigencia, como punto de partida en los análisis, de la tipología básica que distingue entre *naciones estatales* y *naciones culturales*.¹⁰ Las primeras perfiladas ya a principios del siglo XX y aún antes, cuando en 1882 Ernest Renan formulara en su ensayo *¿Qu'est-ce que'une nation?* la expresión fuertemente citada, “una Nación es una gran solidaridad, constituida por el consentimiento de los sacrificios que se han hecho y los sacrificios que todavía están dispuestos a hacer. Supone un pasado, se resume, no obstante, en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común. La existencia de *una Nación es un privilegio de todos los días*”, para referirse a la formación del Estado Nacional en Francia donde, tras la Revolución de 1789, cada individuo decidía si sería francés o no. Esta tipología subraya que lejos de ser fenómenos de naturaleza, las naciones son el resultado de diversos factores históricos que tienen como desenlace predeterminado el nacimiento de la Nación. Este análisis en los aspectos dinámicos propuesto por Renan para explicar el nacimiento de la Nación ha sido recogido en recientes y difundidos trabajos que incluyen la problemática de su definición, como los de Benedict Anderson y

El estudio pionero de conjunto fue el que en 1984 coordinaron Inge Buisson, Günter Kahle, Hans-Joachim König, Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica. Köln-Wien, 1984. También David Bushnell, Neill Macaulay, El nacimiento de los países latinoamericanos. Madrid: Nerea, 1989) y Juan Bosco Amores, Luis Navarro García, Ronald Obledo Mansilla (y otros), Iberoamérica en el siglo XIX. Nacionalismo y Dependencia. Lima: Eunate, 1995).

La confusión acerca del concepto de Nación tiene su origen en el siglo XVIII, cuando en Francia e Inglaterra (particularmente) la nación vino a ocupar el lugar del término latino *patria*, es decir, el segmento político de un Estado equivalente a los ciudadanos o, lo que viene a decir lo mismo, aquellos con derecho a la representación parlamentaria. Sin embargo, en América, Nación seguía teniendo como referente a los habitantes nativos de un país, unidos por la razón de su común origen, lenguaje o costumbres comunes. Es decir que un término que nació teniendo un contenido cultural y sociológico, al llegar el siglo XVIII adquirió un contenido político.

Eric Hobsbawm¹¹. Asimismo, una serie de investigaciones tienen un carácter explicativo de la Nación en los aspectos funcionalistas, entendiendo como producto de la modernidad. Según estas teorías, su surgimiento se debió a la luz de la desintegración de estructuras tradicionales y de la cohesión de la comunidad. La Nación, pues, se convierte según esta perspectiva en modelo integrador, una forma de organización social premiada por los procesos socioeconómicos de modernización y, sobre todo, por el surgimiento del Estado moderno. Estas posturas aluden a los historiadores Hans Kohn y Hugh Seton-Watson, representantes destacados de la tradición que recalca el papel de la política moderna en la creación de las naciones, tradición que se origina en el artículo publicado en 1862 por Lord Acton, *Nationality*. La corriente distingue dos caminos principales para la formación de los estados nacionales: el primero tipificado en la creación de los Estados occidentales del Reino Unido, Francia, España, Suecia, etc. En estos casos, transformaciones en la economía, la política y la cultura cambiaron la manera de concebir y constituir el Estado. Así, pues, a través de un proceso de consolidación territorial, centralización del poder, unificación económica, innovación ideológica y extensión del sistema de educación de las masas, cuajó en el mundo occidental el Estado nacional. Kohn distingue este tipo de estado-nacional de los formados según el paradigma de estado oriental. Esta segunda concepción entiende la Nación como identidad cultural —muchas veces equivalente a una comunidad lingüística— que es lo que configura el Estado. Estos pueblos acudieron a un modelo étnico de la Nación con su énfasis en la descendencia, el populismo, la cultura vernácula, el nativismo. Pero la admisión de este modelo étnico no invalida la tesis general de que la aparición del Estado nacional y la doctrina nacionalista guardan una estrecha relación con el surgimiento del

¹¹ Benedict Anderson, *Imagined Communities*. Londres: Verso, 1983. Define la nación como “una comunidad política imaginada porque los miembros de, incluso la nación más pequeña, nunca conocerán a la mayoría de sus compatriotas, aunque en la mente de cada uno permanezca viva la imagen de su comunión”. Pero si bien reconoce el carácter artificial de la nación, no cree por eso que sea un arbitrario producto ideológico porque creada o imaginada no quiere decir fabricada o falsa. Eric Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo desde 1870*. Barcelona: Crítica, 1995, para mostrar lo endeble de la pretensión nacionalista, relega la nación al status de ficción, producto de fuerzas socioeconómicas y sin un arraigo fuerte en los pueblos. A juicio de algunos —y del mío también— el enfoque de Hobsbawm tiene un innegable valor correctivo frente a explicaciones ingenuamente naturalistas, sin embargo, al señalar su naturaleza dinámica a explicaciones ingenuamente naturalistas, sin embargo, al señalar su naturaleza dinámica, Hobsbawm la interpreta de una manera negativa. Para una perspectiva crítica véase Karen Sanders, *Nación y Tradición*. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930. Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú-FCE, 1997.

ado moderno. El recurrentemente citado trabajo de Ernest Gellner adhiere a esta tipología al presentar a la Nación como producto de la industrialización.¹²

Más reservas ha suscitado la recepción -como telón conceptual de las recientes investigaciones- del modelo de naciones culturales que tiene su *locus classicus* en los escritos sobre la Nación alemana de Johan Herder (1744-1803) y Johan Fichte (1762-1814). Según Herder la Nación es una comunidad natural basada en una lengua común. Esto quiere decir que todas las personas pertenecen por naturaleza a una Nación por poseer unas señas inmutables de identidad nacional. Los románticos en Alemania otorgaron un lugar privilegiado a la lengua como seña de status nacional porque expresaba el espíritu del pueblo -su *volksgeist*- y cuanto más pura - es decir menos afectada por influencias ajenas- más fielmente la lengua podría reflejar el espíritu prístino de aquel. Así, el idioma se convirtió en un rasgo definitorio de la nacionalidad inmutable de una persona. Anthony Smith, que con su teoría etnicista es el principal teórico del punto de vista de que existe un vínculo entre la persistencia de las comunidades étnicas y la formación de las naciones, remite a la existencia de naciones premodernas, de poblaciones humanas en las cuales se evidenciaría la perenne presencia de naciones, acentuando la naturaleza cultural y étnica y considerando a las naciones como comunidades étnico-culturales politizadas, provenientes de un ancestro común, fundando su cohesión en mitos étnicos antiguos, en la memoria, símbolos y tradiciones. A diferencia del enfoque sociológico que quiere explicar el nacimiento de las naciones por los procesos políticos y sociales de la modernización, el de Smith excluye la modernización como factor básico. Sostiene que en todas las naciones existe un núcleo étnico que -como en la formación de una persona- actúa como el cascajo en torno al cual se va aglutinando la Nación y concluye que "las naciones no son simplemente inventos de la raza moderna de intelectuales".¹³

¹² Para Ernest Gellner, Naciones y Nacionalismo. Madrid: Alianza, 1988, el "nacionalismo engendra las naciones y no a la inversa". Rechaza también una explicación únicamente voluntarista o únicamente cultural de la formación de la nación; mantiene que un sustrato cultural y una voluntad son condiciones necesarias pero no suficientes para el nacimiento de una comunidad nacional y que hace falta también una específica coyuntura social que se halla en la situación producida por la industrialización. Según este análisis, la búsqueda de la convergencia entre una unidad cultural y una unidad política parece venir dado por las exigencias de la sociedad moderna. Hay que coincidir en que muchos factores apuntan a esta última conclusión de Gellner. Sin embargo también es posible sostener que no hay nada inherente a la modernización que exija la creación de naciones o de Estados nacionales. También para algunas consideraciones críticas véase Javier Tusell, España, una angustia nacional...cit.

En los estudios más recientes sobre la Nación en América Latina existe acuerdo en afirmar su carácter no natural, construido -ya enfatizándose los aspectos dinámicos y/o funcionalistas- y relegándose el modelo explicativo de Nación que subraya los aspectos estático-esenciales, si bien de forma sensata -a nuestro juicio- hay estudios que no excluyen definitivamente la noción de *etnicidad primordial*- que se expresa en la existencia de grupos humanos que se pueden definir según señas comunes como son, por ejemplo, la afinidad racial, el lenguaje, un territorio o una historia comunes- como concepto operativo para el abordaje de algunos casos porque aunque en la actualidad resulte insostenible el planteamiento naturalista de la Nación, tampoco se puede negar que la mayoría de las naciones se ha formado alrededor de un núcleo común, expresado de distintas maneras: la pertenencia a una tradición de mitos de origen común, la vinculación a un territorio compartido, la pertenencia a una misma etnia.¹⁴

Pero si la literatura latinoamericanista concuerda en la opción por los aspectos dinámicos y funcionalistas a la hora de explicar el surgimiento de la Nación subsiste sin embargo una principal dificultad, que consiste en la real escasa operatividad que la tipología vigente reviste para su aplicación rigurosa en este caso. Ya ha sido advertido -hace tiempo- que el inevitable sesgo europeísta que informa y condiciona las especulaciones de los autores aludidos demanda para su utilización en un programa de interpretación de la realidad latinoamericana la realización de un esfuerzo cuidadoso de conversión de sus teorías.¹⁵ De hecho, no sólo ha debido de reconocerse que en el campo de las causas que explican la aparición de estas nuevas naciones americanas no son operativas muchas de las razones dadas para explicar el nacimiento -más tardío- de los movimientos nacionales en Europa, por ejemplo, la modernización económica o la modernización cultural, sino que no puede perderse de vista la peculiaridad de la Nación en esta área que queda justificada, al menos, por el siguiente trípode: su precocidad -los estados hispanoamericanos son estados nuevos que se incorporan precozmente al concierto de las

¹⁴ Karen Sanders, Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930...cit.

¹⁵ En sendos trabajos Edmundo Heredia señala esta dificultad. Véase "Una aproximación teórica sobre los conceptos de nación y de espacios regionales en la configuración de las relaciones internacionales latinoamericanas", en *Relações internacionais dos países americanos*. Brasília: Universidad de Brasilia, 1994, y también "La región en la globalización y en la historia de las Relaciones Internacionales Latinoamericanas", en *Historia y Globalización*. Tandil: Universidad del Centro, 1998. Véase también, del mismo autor, *Espacios Regionales y Etnicidad*. Córdoba: Alción, 1999. Cabe recordar que con excepción de los trabajos de Benedict Anderson y de Hugh Seton-Watson, en los demás se omite el caso americano.

naciones-, su carácter exógeno- se cuentan entre los primeros que, para fundar su independencia apelan a la soberanía de la Nación o de los pueblos, sin que esta reivindicación esté precedida por movimientos que podrían ser calificados de nacionalistas- y el hecho de que su nacimiento no está basado en una nacionalidad -entendida esta como una comunidad dotada de un particularismo lingüístico y cultural, religioso o étnico. América Latina es un verdadero mosaico de grupos de ese tipo, pero ninguna Nación latinoamericana corresponde ni pretendió nunca corresponder, a ninguno de esos grupos. Al contrario, los forjadores de los nuevos estados, esencialmente las elites criollas, compartían todo lo que en otros sitios constituye una nacionalidad: el mismo origen europeo, la misma lengua, la misma religión, la misma cultura, las mismas tradiciones políticas y administrativas. Así enfocado, el problema de América hispánica es cómo, a partir de una misma nacionalidad, se construyeron naciones diferentes.¹⁶

Las singulares dificultades que reviste la opción por una definición de Nación aplicable a América Latina, la necesidad de no subsumir las múltiples facetas de su realidad histórica en un concepto de validez general, han impulsado diversas estrategias para su estudio, prevaleciendo aquella que parte de la Nación no en cuanto lo que es, sino en cuanto lo que se quiere que sea, es decir, partir de la idea o del proyecto de Nación para así poder considerar la permanencia de la referencia a ella y la variabilidad temporal de su contenido, su extensión cada vez más universal y el particularismo de donde procede su fuerza movilizadora. Convienen, entonces, que para aprehender la Nación en América Latina más vale no intentar determinar si tal o cual comunidad humana cumple con los criterios que permiten considerarla como Nación, sino analizar si esas comunidades humanas adoptan o no el modelo nacional y correlativamente ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿bajo que forma? .¹⁷ En tal sentido es pertinente el enfoque que define a la Nación, en primer término, como un *orden pensado*. En la base de este concepto están las reflexiones de

¹⁶ François Xavier Guerra, Epifanías de la Nación. En: Imaginar la Nación, Cuadernos de Historia Latinoamericana. Hamburg: AHILA, 1994 - N° 2.

¹⁷ Como instrumentos de aproximación teórica véase Mónica Quijada, François Xavier Guerra (ed) Imaginar la Nación, Cuadernos de Historia Latinoamericana. Hamburg: AHILA, 1994 N° 2. Hans Joachim König (ed) Estado-Nación, Comunidad Indígena, Industria, Cuadernos de Historia Latinoamericana. Hamburg: AHILA, 2000, N° 8, los trabajos reunidos por Antonio Annino, Luis Castro Leiva y François Xavier Guerra, Iberoamérica. De los Imperios a las Naciones. Zaragoza: Iber Caja, 1994). También Centro de Investigaciones de América Latina (ed) El Rey y los ciudadanos de la Nación. Castelló: Universitat Jaume I, 2000).

sociólogos alemanes como Emerich Francis y Eugen Lemberg que muchos años antes de los recientes trabajos de Gellner, Hobsbawn y Anderson caracterizaron a la Nación como una "construcción". En la medida en que parten de "proyectos nacionales", historiadores latinoamericanos y europeos enfrentan de manera similar el problema de la formación del Estado y de la Nación en América Latina.¹⁸

Otro de los rasgos que ha sido también reconocido para la realidad latinoamericana es que el proceso de construcción del Estado y de la Nación no coinciden. Estas concepciones puntualizan que las sociedades organizadas en Estados sólo pueden ser consideradas naciones cuando en el curso de su desarrollo han alcanzado determinadas características: un sistema de valores estandarizado, una creciente movilidad y un incremento en la participación política de la población con clara tendencia a la igualación económica. Este proceso transcurriría por cuatro fases: fundación del Estado y fijación territorial por una elite, incorporación de amplios estratos de la población al sistema político, aumento de la participación activa y redistribución de los bienes nacionales. Tal caracterización, que parte de un proceso sociopolítico de formación de la Nación paulatino y a largo plazo, continuo e inacabado, es apropiada para analizar los procesos de formación o construcción nacionales. En su transcurso la *delimitación de la Nación* en cuanto concepto clave que está en la base de la especificidad americana ha sido objeto de atención por parte de latinoamericanistas que distinguen acepciones de distinto orden: cultural, territorial, institucional. La más corriente, durante la época colonial, coinciden, era la cultural, con la que se designaba individualmente a los distintos grupos étnicos que convivían bajo el gobierno común de la corona de Castilla. También enraizada en la tradición española está la territorial, es decir el concepto de Nación asociada a la idea de territorio o de población asociada a un territorio. Finalmente, la institucional, que se refiere a la Nación como un nombre colectivo que significa algún pueblo grande, reino, estado, etc., sujeto a un mismo Príncipe o gobierno. La fuerza de la dimensión institucional de la Nación se vería claramente en el proceso de la emancipación, cuando la sujeción de la Península y América a una misma fuente de poder, la monarquía española, convierta a los habitantes de ambos territorios en una Nación. Pero esta dimensión sufre una mutación, asomando la dimensión territorial de la Nación, estrechamente vinculada al concepto tradicional de patria. A su

¹⁸ Hans Joachim König. Nacionalismo y Nación en la Historia de Iberoamérica. En: Estado-Nación, Comunidad Indígena, Industria...cit, François Xavier Guerra, Epifanías de la Nación. En: Imaginar la Nación...cit.

z, esta dimensión territorial se asocia a la institucional: si el ejercicio de la soberanía ha recaído en el pueblo, es este el que debe asumir explícitamente el gobierno del que ya es dueño en los hechos y proclamar la justa posesión de sus derechos. En el interjuego de acepciones se verifica también un desajuste de lealtades - de la *Nación española* a la *americana* y de esta a la *Nación mexicana*, peruana, boliviana, etc- y de identidades. Ello no implica que estas naciones estuvieran ya configuradas en el imaginario colectivo, pero pone de manifiesto la fuerza de una voluntad consensuada que acabaría por imponer la singularización. No se trata tampoco de un proceso lineal, sino de un fenómeno que se desarrolló en una serie de *círculos concéntricos* de lealtades. Durante la emancipación, el concepto de Nación española convivió en el tiempo con el de Nación americana y con el más restringido asociado a la patria. Con la consumación de la independencia, desde la perspectiva del Nuevo Mundo desaparecería la Nación española pero la proyección americana y la proyección local de la Nación (en su doble vertiente de reino o provincia y de ciudad natal) iban a interactuar durante largar décadas.¹⁹

Si existe concordancia respecto a que en América Latina el Estado precedió a la Nación y que las naciones americanas modernas, como unidades políticas en función de fronteras culturales no existieron hasta mediados del siglo XIX, no ocurre lo mismo a la hora de responder sobre el resultado del proceso de la independencia en Hispanoamérica, es decir, ¿porqué surgieron varios estados soberanos del Imperio español? ¿qué causó estas mutaciones? Para comenzar hay que apuntar que la nueva literatura ha superado las interpretaciones clásicas de la Independencia fundadas sobre el presupuesto de la emancipación nacional, esto es que todo grupo humano que aspira a una existencia autónoma como estado posee una fuerte identidad cultural en la lengua, la religión, las costumbres, en una particularidad étnica, en una historia específica, etc. Desde ese supuesto, la relación entre la identidad cultural y la aspiración al ejercicio pleno de la soberanía aparecía como una evidencia que no necesitaba justificación. Pero no sólo se ha demostrado que la idea explícita de que en América española existía una Nación constituida por el pueblo que debía tener autonomía política no aparece, sino que, de forma convincente, recientes trabajos han argumentado que, en muchos casos, la reivindicación de la soberanía en la América Española se dio en colectividades que se distinguían poco de sus vecinas. Para comenzar, en vísperas de la gran crisis de 1808, la elaboración de una identidad cultural de los reinos en Améri-

ca no había progresado de la misma manera en todos los sitios: muy avanzada en Nueva España y en el Perú, estaba sólo en sus comienzos en Nueva Granada, en Venezuela o en el Río de la Plata. Pero paradójicamente, es en las dos regiones más dotadas de una fuerte identidad cultural (México y Perú) donde el lealismo hacia la corona de España fue más intenso y la independencia más tardía. Por el contrario, las regiones más precozmente independentistas -Venezuela, Río de la Plata, Nva Granada- poseían identidades culturales muy embrionarias.²⁰

Además del desigual grado de elaboración de las identidades culturales, en vísperas de la independencia existían en América otras múltiples identidades -no sólo culturales, sino también políticas- superpuestas e imbricadas. Eso sí, no eran incompatibles entre ellas, antes bien habían coexistido sin demasiados problemas durante varios siglos pero ninguna de ellas parecía estar llegando a provocar la ruptura de la Monarquía y desde luego, ninguna de ellas podía proporcionar una base sólida e inconstable a la formación de la Nación moderna. Además, en las mutaciones que se producen durante la época revolucionaria aparece un juego complejo entre esas diferentes identidades, tanto políticas como culturales. En la primera fase, marcada por la desaparición del rey y la resistencia al usurpador aparecen, en primer plano político, las ciudades capitales y los reinos y predomina la *Nación española*, el "patriotismo español" de todos los habitantes de la Monarquía. La patria o la Nación a la que se invoca es el conjunto de la Monarquía, formada por dos pilares o incluso dos pueblos, el peninsular y el americano, iguales en derechos. En 1810, cuando se precipitan los acontecimientos, son también las ciudades capitales de América los actores principales actores de un proceso originado por el vacío del poder producido por la desaparición de la Junta Central y por el derecho de los "pueblos" a colmar ese vacío. Se produce la ruptura de la unidad de gobierno de la Monarquía. Cada reino, cada provincia, cada ciudad tuvo entonces que definir autónomamente su posición ante el nuevo vacío del poder: asumir la soberanía u obedecer al Consejo de Regencia. También hasta ese momento las élites criollas, en su combate por la igualdad política se presentaban, ante todo, como españoles iguales, pero a partir de allí la necesidad de distinguirse de sus enemigos lleva a los insurgentes a poner en primer plano esa identidad: aparece la Nación americana. Sin embargo, luego de finalizado el enfrentamiento con España, la Nación

²⁰ François Xavier Guerra, *Identidades e Independencia*. En: *Imaginar la Nación-Cuadernos de Historia Latinoamericana...*cit. Véase también los ensayos reunidos del mismo autor en *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: FCE, 1993.

¹⁹ Mónica Quijada. *¿Qué Nación? Dinámicas y Dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX*. En: *Imaginar la Nación...*cit.

americana resultaba insuficiente porque sólo remitía a la distinción entre reinos americanos y reinos europeos. Políticamente no era más que una identidad negativa, operativa sólo en las rivalidades con los peninsulares. Las únicas realidades políticas indiscutibles son los "pueblos" en su doble sentido: el conjunto de las ciudades, villas y pueblos y de los espacios estructurados por las ciudades principales. Estas últimas son —como se apuntaba— los actores reales de la primera época de la independencia, las que reasumen la soberanía hasta constituirse de hecho en verdaderas ciudades-Estado y publicar incluso sus propias constituciones. La Nación que intentan construir tiene entonces un contenido esencialmente político, constituir un gobierno propio, independiente tanto del precario gobierno central de la Monarquía como de las ciudades rivales. Bajo este punto de vista todas se pretenden iguales y para construir lo que podríamos llamar un Estado supra-municipal su único recurso son los "pactos y negociaciones" entre ellas. De ahí que el ideal de la unión de todos los pueblos de Hispanoamérica y más aún el de una unión continental como la que Bolívar intentará construir con el Congreso de Panamá no sea más que una utopía política basada en la muy tenue identidad americana. Hay que concluir, entonces, que la Nación, en estos casos, no remite a lo cultural, sino a lo político, a una colectividad humana autogobernada e independiente de las demás²¹. Con esto se rectificaron opiniones anteriores que señalaban como causa de las revoluciones de la independencia y de la formación de Estados, la previa toma de conciencia "nacional", una conciencia que se basaba en aspectos culturales y étnicos de la población autóctona. La Nación en esta área no fue el resultado de reivindicaciones nacionalistas porque el mismo proceso independentista no fue impulsado, en sus comienzos, por una fuerte aspiración al ejercicio de la soberanía, sino por una causa exógena—la crisis desatada en la península ibérica a partir de 1808— y la independencia hay que considerarla en el contexto de la desintegración de la monarquía hispánica. Aunque sostenida de forma generalizada, hay quien no comparte la idea de la ausencia de nacionalismo. Si en la guirnalda de países americanos los criollos no denominaron el objeto de su patriotismo con el término Nación, sino con términos a veces imprecisos como por ejemplo *este reino*, *este país*, *esta tierra*, *este suelo*, *esta sociabilidad* y sobre todo *patria*, no impide caracterizar las ideas y el comportamiento de los criollos como nacionalismo. En ese caso, el nacionalismo criollo y los movimientos naciona-

les serían respuestas al desafío de la modernización, eran reacciones frente al atraso económico con el deseo de participar en los cambios sociales y económicos. De allí resultaron reclamaciones políticas que iniciaron un proceso que en Tierra Firme conducía a la formación de estados propios, naciones. Las élites americanas practicaron un *nacionalismo anticolonial* que en primer lugar aspiraba a la transformación política del status colonial y a la liberación.²²

También se desprende de lo antedicho la coincidencia en rechazar la fuerza que décadas atrás se le otorgara a la identidad americana; en la época de la independencia la expresión *somos americanos* se enriquecía cada vez más políticamente y no sólo expresaba una diferencia ante España, sino que contenía un aspecto orientador hacia la acción concreta: superar la dependencia colonial. En esta delimitación hacia fuera, frente a España, el criterio de ser americano ganó una dimensión y un significado continentales. Pero esto no quiere decir que América fue tomada por una unidad político-estatal o cultural como lo supone la historiografía latinoamericana de integración. No existía en aquel entonces una determinada unidad política-administrativa de la América española, en la cual hubiera podido surtir efectos la conciencia con-

²² Hans Joachim König, *Nacionalismo y Nación en la Historia de Iberoamérica*. En: *Estado-Nación, Comunidad Indígena, Industria...*cit.. Este nacionalismo ha sido conceptualizado también como criollización, es decir, la toma de conciencia de los criollos de su originalidad, de su identidad y por consiguiente de sus derechos. Eduardo Martiré, 1808. Ensayo histórico-jurídico sobre la clave de la emancipación hispanoamericana. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 2001, otorga a este fenómeno una enorme implicancia para entender el proceso emancipador. Benedict Anderson, por su parte, ha recibido diversos cuestionamientos en torno a su explicación de la formación de las nacionalidades en América enfatizando la influencia del llamado *print capitalism*. En el siglo XVIII, la imprenta en América se independizó del control de la Iglesia y de la Corona. El periódico contribuyó a la creación de aquella comunidad imaginada que es uno de los sellos de la Nación, fijando a la vez los límites de la extensión de esa comunidad, que estaban en proporción a los factores logísticos (las comunicaciones, el alcance de la tecnología, la ubicación geográfica, etc.). En la Hispanoamérica del siglo XVIII, el alcance de los productos del *print capitalism* fue restringido a las zonas administrativas; el gran tamaño del Imperio y el limitado desarrollo técnico de la época no facilitaban una industria de imprenta a escala continental; en consecuencia, la imprenta no podía contribuir a la creación de una conciencia nacional a esa escala.

²¹ El rol de las ciudades ha sido abordado, para el caso del Río de la Plata, por José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina 1800-1846*. Buenos Aires: Trilce, 1997.

ntal expresada hacia fuera²³. En resumen se puede afirmar que la coyuntura en que nacieron las repúblicas de América Latina favoreció el desarrollo de los estados nacionales y aunque la unión continental fue la ambición de muchos de los protagonistas de la independencia nunca llegó a ser más que un proyecto.

El proceso por el que la América española -un subcontinente unido bajo muchos conceptos- se fragmentó en 18 estados ha merecido un desigual tratamiento en el análisis de las diversas epifanías nacionales. México y Perú son los casos que han recibido mayores abordajes, pero de manera común se encuentran en el análisis de aquellos procesos que intervinieron en la formación de las señas de identidad local en las elites como el de aculturación de los españoles y de la sociedad criolla a las culturas nativas, sobre todo como sustrato de identificación colectiva -símbolos indígenas en la identidad criolla-, co-

Ahora bien, si el intento de buscar una convergencia política a nivel continental no prosperó, en el campo cultural se ha advertido un notable grado de unidad. Desde finales del siglo XIX en adelante, particularmente, se puede detectar una serie de preocupaciones comunes a los intelectuales y artistas de América Latina. También a partir de la independencia se advierte un sentido de identidad latinoamericana, sobre todo entre los intelectuales. En parte fue una reacción a la presencia de su poderoso vecino norteamericano, que había conseguido un éxito político y económico tan notorio que hasta había acaparado el término "americano". Véase Karen Sanders, *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930*...cit. Desde Simón Bolívar en adelante, la tensión entre el ideal americano de la unidad continental y la realidad de los estados nacionales es un tema constante en la historia de América Latina. En su *The First América. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1867*, David Brading demuestra la existencia en el subcontinente de una tradición de sentido de identidad americana antes de la independencia. Ahora bien, aunque la evidencia histórica muestra que existía una generalizada identidad criolla, también se hace visible que fue plasmada de manera muy distintas en cada una de las áreas administrativas en relación con las circunstancias específicas de cada zona. En México, el caso que Brading examina con más detalle, se ve como era posible crear una tradición de patriotismo mestizo: el pueblo pudo asimilar su pasado indio y por tanto su realidad mestiza. México es quizá el país de América Latina cuya formación de su identidad nacional ha sido más estudiada. La cuestión de la identidad nacional del Perú ha sido también objeto de gran interés para sus intelectuales. Sin embargo, Brading demuestra que la consolidación de una tradición mestiza peruana se enfrentaba con muchas más dificultades que en el caso mexicano. En efecto, la asimilación del pasado indio y la creación de una tradición patriótica mestiza tenían como obstáculo el hecho de que aquel pasado indio era todavía un elemento muy vivo en la vida peruana. Los herederos de los incas aún representaban a principios del siglo XIX una amenaza muy real, una elite alternati-

mo en el caso de Chile, la identidad provincial que actuó como percepción de singularización en el Río de la Plata y el aislamiento, como factor diferenciador en el Paraguay²⁴.

Si aún resultan deficitarias las respuestas en este sentido con vistas a una homologación, sobre todo por el desigual grado de profundización en el estudio de los países, se coincide en que el proceso de singularización se llevó a cabo con absoluta celeridad, sin implicar con ello -como se adelantara- que la Nación existiera en el imaginario colectivo con anterioridad a la independencia o que fuera el destino inevitable del proceso abierto por esta. Ni las identidades locales que actuaron una en contra de otra, ni la idea de patria fueron suficientes para la creación de un imaginario nacional. En la América española fue preciso *inventar* la Nación, proceso que entrañó la configuración en el imaginario de las elites de una serie de rasgos diferenciales que singularizaban a la propia patria más allá de los límites definidos por el territorio y la proyección institucional, rasgos asumidos como únicos e irrepetibles, que establecían una distinción no ya del tronco inicial español, sino de los propios vecinos. Esto nos lleva a una serie de trabajos dedicados a responder a los interrogantes de quiénes y cómo construyeron la Nación en América, proceso que presenta una doble vertiente: política, en cuanto asociación voluntaria de los individuos-ciudadanos y cultural, como itinerario para conseguir que todos compartan una historia y un imaginario común aunque sean míticos. Esta dualidad ha dado lugar a dos enfoques en las investigaciones: aquellas que han privilegiado la relación entre la Nación y el Estado, ya sea bajo su aspecto institucional o bajo el de las prácticas políticas²⁵ y las que han insistido más sobre la formación de la conciencia criolla o de las identidades particulares de tal o cual región en la época colonial, luego sobre los imagi-

²⁴ José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina 1800-1846*...cit y del mismo autor *Modificaciones del pacto imperial*. En: Antonio Annino, Luis Castro Leiva, François Xavier Guerra, *De los Imperios a las naciones: Iberoamérica*...cit. Ricardo Krebs, *Orígenes de la conciencia nacional chilena*. En: *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*. Köln: Wien, 1984. En el caso de Paraguay existen tres factores que a modo de hipótesis desarrollamos como ejes explicativos de la construcción nacional: el aislamiento, política de amurallamiento y el fracaso por "hispanizar" la provincia, cuya principal expresión sería la prevalencia del guaraní sobre el castellano. Liliana M. Brezzo, *Aislamiento y Epifanía Nacional. Argentina y la formación de la "nación paraguaya" 1808-1813*. Buenos Aires: CONICET, 2001. Como trabajo pionero véase Oscar Creydt, *Formación Histórica de la Nación Paraguaya*: Asunción, 1963.

²⁵ Véase Hilda Sabato (Coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. México: FCE, 1999. También los trabajos reunidos en François Xavier Guerra, Annick Lampérière (comp), *Los Espacios Públicos en Iberoamérica*. México: FCE, 1998.

narios, las memorias, los lenguajes de todo tipo por los que se construían y en los que se cristalizaban los proyectos nacionales de los nuevos estados. No cabe duda que el Estado desempeñó un papel destacado en la propagación de los discursos nacionales: estableció el vocabulario simbólico de la Nación —banderas, himnos, calendarios de fiestas, etc.—, fue el responsable también del establecimiento de planes de estudio en el ámbito nacional mediante los cuales se inculcaba en los estudiantes del país una específica historiografía nacional con su panteón de héroes y de malvados. Y con la construcción de museos y monumentos, celebraría los logros culturales y bélicos de la Nación. En este sentido, los elementos más tempranos de singularización al que se recurrió fueron la fijación de símbolos y fiestas celebratorias, a un “calendario cívico” que celebraba las victorias patriotas; se sumaría luego, a lo largo del siglo XIX, la configuración de un panteón de próceres, organizándose el culto a los “muertos gloriosos”.²⁶ El Estado intervino también en fases más adelantadas de la construcción nacional, como el proceso de integrar a poblaciones caracterizadas por la heterogeneidad, cuestión de suma importancia en el área que nos ocupa. En el imaginario de la emancipación, la Nación aparecía como una construcción incluyente, en la que la heterogeneidad y la ausencia de cohesión entre los individuos se irían esfumando paulatinamente por obra de unas benéficas instituciones y una educación orientada a la formación de ciudadanos. En otras palabras, la dimensión institucional se iría sobreponiendo a la Nación cultural. Pero esta imagen de la Nación “cívica” iba a experimentar una mutación importante, porque dará paso a una Nación “civilizada” que se irá asociando paulatinamente a la exclusión “necesaria” de los elementos que no se adaptan a ella. Esta convivió con conceptualiza-

²⁶ Los conflictos en torno a la fijación del panteón nacional se relacionan con un tipo de construcciones que actúan como factor fundamental en los procesos de singularización de las naciones: la definición de los mitos de origen y la elaboración de la memoria histórica puesto que no hay identidad sin memoria, ni propósito colectivo sin mito. Sobre los mitos de origen véase Mónica Quijada, ¿Qué Nación?, Dinámicas y Dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX. En: Imaginar la Nación...cit. Consideraciones teóricas sobre los mitos de origen en Jon Juaristi, El mito de origen en la génesis de las identidades nacionales. La batalla de Arriogariaga y el surgimiento del particularismo vasco S. XIV-XVI, en Studia Histórica. Salamanca, 1994, vol. 12. Sobre el caso paraguayo, Liliانا M. Brezzo, Argentina y el Plan de Defensa Nacional Paraguayo: cooperación militar e *intelligentsia* nacional, paper presentado en LASA-Latin American Studies Association, Washington, 2001. Sobre el rol de la historia véase Nikita Harwich Vallenilla, La historia patria. En: De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica...cit, Hans Joachim König, Símbolos nacionales y retórica política en la independencia: el caso de Nueva Granada, en Inge Buisson, Günter Kahle y otros, Problemas de la construcción del Estado y de la Nación en Hispanoamérica...cit.

ciones que rechazaban la posibilidad de esa construcción excluyente y que reclamaban la constitución de un tejido social unificado sobre la base del derecho de toda la población a participar de los beneficios de la Nación. La “Nación homogénea”, en la que confluía las tres dimensiones de la Nación —cultural, institucional, territorial— mediante la esfumación de la heterogeneidad en un yo colectivo en un mismo y único espíritu nacional no logró borrar en el imaginario de las elites a la Nación civilizada, como esta no lo hiciera tampoco con la “Nación cívica”. La construcción de la *homogeneidad*, entendida como la tendencia histórica y procesual a eliminar o ignorar las diferencias culturales, étnicas, fenotípicas, etc., de un grupo humano de forma tal que él sea percibido y se autoperciba como partícipe de una unidad etno-cultural y referencial— y su resultado — en cuanto construcción ideológica a partir de la apropiación colectiva de percepciones que se resuelven en el nivel del imaginario pero que opera en los comportamientos colectivos y en la toma de decisiones políticas— ha estimulado trabajos recientes, sobre todo referidos a países poseedores de una base demográfica de una heterogeneidad étnica desconocida en Europa hasta fechas relativamente recientes.²⁷

Los intelectuales y la *intelligentsia* desempeñaron también un papel central en la creación de la comunidad nacional: los relatos de los historiadores, periodistas, novelistas, filósofos, los llamados “productores culturales” no son sólo los modos por medio de los cuales entendemos lo que somos, sino también la manera a través de la cual llegamos a ser lo que somos. Teóricos ya aludidos como Benedict Anderson y Anthony Smith han sostenido que la *intelligentsia* desempeña un papel clave en la elaboración de la Nación, sobre todo a través de la consolidación de una comunidad lingüística, en la construcción de las narraciones nacionales, lo que abre múltiples posibilidades de investigación desde muchas disciplinas. El rol de la Tradición para la configuración de la comunidad nacional, la idea de la Nación como una comuni-

²⁷ Véase el reciente trabajo de Mónica Quijada, Carmen Bernard y Arnd Schneider, *Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC, 2000. Este sugerente estudio parte de la autodefinición de la Argentina como una “nación de raza blanca y europea”, considerada una de los principales ejes de la armazón identitaria. Esta construcción se pone a prueba mediante la constatación de una población compuesta de elementos de origen indígena, español y africano y de grandes contingentes de inmigrantes provenientes de diversos países europeos arribados a sus costas en los siglos XIX y XX, resultando un mosaico étnico que sin embargo, el imaginario argentino tiende a desconocer, viéndose los argentinos, en cuanto interpretación de su propia nacionalidad, como una población de cultura europea y homogéneamente blanca en términos fenotípicos. El proceso de homogeneización y de invisibilización son los principales ejes de la investigación.

dad que se mantiene unida por largas tradiciones ha merecido asimismo recientes abordajes; las tradiciones en torno a las naciones son esencialmente narraciones de identidad, sobre el pasado con referencia a acontecimientos reales, en la cuales esos acontecimientos son plasmados en formas específicas y significativas con consecuencias para el presente. Esas *tradiciones nacionales* son de una importancia peculiar en la plasmación del sentido de identidad y el ethos de una Nación²⁸. Como ha sido ya advertido, la mayoría de estos estudios tienen al Estado y a las élites políticas e intelectuales como protagonistas de la transición de naciones ficticias a naciones reales, lo que supone un enfoque “desde arriba” del proceso, si bien este predominio viene subsanándose en los últimos años con análisis centrados sobre proyectos alternativos de la Nación.

Si hay algo que resulta incontestable luego de este recorrido es el considerable esfuerzo que cada estado puso en el proceso de singularización nacional. Y la debida ponderación de esta circunstancia puede resultar útil en el presente cuando presenciamos -en el contexto de los procesos de integración regional- impulsos por franquear las fronteras de las historias nacionales y modificar construcciones historiográficas; y es que a juicios de muchos -y del mío también- resulta incierta esta evolución puesto que paradójicamente la semejanza entre estos estados surgidos de un mismo conjunto cultural les exigió aquel arduo empeño.

²⁸ Esta concepción entronca con el nacionalismo cultural “herderiano” que la exalta como la sagrada cadena que liga a los hombres con el pasado y que conserva y transmite todo lo hecho por los que les han precedido. Identifica el lenguaje compartido con el vehículo de la tradición y el vínculo de unión de un pueblo.